

se pierden, había pasado los años de su vida sin mas cuidado que de sus aliños, y sin otra atencion que sus profanos vestidos y aderezos. Llegósele la muerte cuando la esperaba menos, y pidiendo como cristiana los Sacramentos, trajo el cura una forma consagrada; y al querer ya darle aquel Santísimo Viático, vuelto á ella con el Santísimo Sacramento en las manos, dos hermosísimos angeles haciendo primero una profundísima reverencia, le quitaron la forma de las manos, y volando desaparecieron. Atónito el sacerdote y lleno de congoja, así por no saber dónde pondrian la forma, como por ver aquella muger ya muy cercana á la muerte, volvió corriendo á su parroquia, y al llegar al altar halló la forma puesta con toda reverencia sobre el Ara; y al volver ya aquella muger era muerta. Así negó el Señor su Santísimo Cuerpo Sacramentado á la que toda su vida se le fué en atender á su vil y miserable cuerpo. ¿Y de qué le aprovechó conocer y creer verdad tan soberana, deslumbrada y ciega entre las pompas engañosas del mundo? Que si á todos nos han de dejar burlados, fijemos la vista y las ansias todas, solo en aquellas luces que nos han de llenar de eternos resplandores en la Gloria.

PLATICA XII.

DE LAS TRES ULTIMAS CEREMONIAS DEL SANTO BAUTISMO Y SU
ESPIRITUAL ENSEÑANZA.

—
A 13 de Agosto de 1692.
—

SER otro quedándose todavía el mismo, buen remedio para el siempre mudable mundo; que el que tanto gusta de mudanzas logrará alguna vez en la misma mudanza la firmeza. Mas cómo puede ser, me estarán ya diciendo todos, ¿cómo puede ser que se junten dos sosas tan declaradamente encontradas, dos extremos tan manifiestamente opuestos, como ser otro quedándose el mismo? ¿cómo será ese imposible? Ahora lo verán bien fácil á mañas de la industria, y ojalá que lo experimenten mejor á diligencias de la gracia.

Nace estéril planta, infecundo embarazo de la tierra, un árbol rústico y silvestre, que sin llevar ni dar fruto alguno, solo sirve de pasto para el fuego; ¿y qué hace para lograrlo el hortelano diestro? Poda los renuevos inútiles, derriba las ramas ociosas,

echa por tierra todo el vano follaje; y desnudo el tronco hiéndele brecha, ingiere el bástago de otro árbol fecundo y fructífero, liga bien el ingerto; y á poco tiempo, ¿qué sucede? Que el que era silvestre, rústico acebuche sin cultivo ni fruto, ya es olivo fecundo que llena al dueño de provecho; que el que era montaráz tejocote, ya lleva hermosas y dulces manzanas; porque todo el jugo, toda la sustancia, todo el vigor que ese tronco repartía antes en silvestres ramas inútiles, lo emplea ya todo en sazonados y dulces frutos; y admirando en sí mismo nuevas hojas que lo hermocean, sazona frutas que no eran suyas: *Miratur que novas frondes, et non sua poma*, dijo el poeta. Hé aquí, pues, en el ingerto otro árbol, quedándose el mismo: *Alter et idem*, le puso bien por mote un discreto. Otro, y el mismo: el mismo, pues conserva su tronco: otro, pues lleva ya frutos: el mismo, pues no perdió con la raíz su propio ser; pero otro, pues ya fecundo sabe fructificar: el mismo, pues es suya toda la vegetal vida que lo anima; pero otro, pues la muda y la mejora en los frutos que lo coronan: *Alter, et idem*; otro es ya y se queda el mismo.

¿Mas de qué ingertos hablo yo, de qué árboles? Nacimos todos, oyentes míos, nacimos en el estéril desierto, en el arenal maldito de la culpa, plantas infecundas, árboles inútiles, que sin poder llevar fruto alguno de estimacion para el cielo, solo podíamos servir de leña para el infierno: ese fué el estado lastimoso de nuestro infeliz nacimiento. ¿Pero qué hace nuestra Madre la Iglesia en el Bautismo? Renunciamos ya solemnemente las pompas del diablo y las vanidades del mundo; eso fué cortar el follaje inútil de ramas y ojarasca que solo llevaba por fruto nuestra silvestre planta, y

que solo eran pasto para las llamas. Siguese á eso el echar á la criatura el agua del Bautismo, diciendo las palabras de la forma que son todo el ser y la esencia de este divino Sacramento. Y despues de esto, prosiguiendo en sus sagradas y misteriosas ceremonias, moja el sacerdote el dedo pulgar en el sagrado Crisma, de que hablaré en el Sacramento de la Confirmacion, y ungiendo con él en forma de cruz sobre la coronilla de la cabeza á la criatura, le dice estas palabras: *Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha reengendrado del agua y el Espíritu Santo, y te ha dado el perdon de todos los pecados, el mismo te unja con el Crisma de la salud en el mismo Cristo nuestro Señor para la vida eterna.*

¿Qué union es esta tan soberanamente misteriosa? *Ut intelligat*, explica en el Catecismo romano, *se ab eo die Christo capiti tanquam membrum conjunctum esse, atque ejus capiti insitum*. No es otra cosa esa union, que mostrar un ingerto admirable, un ingerto prodigioso. ¿Ingerto? ¿De qué? Pasma aun solo el decirlo: de la criatura unida ya con el mismo Dios; del hijo de Adan, y de maldicion, ingerido ya y unido con el mismo Cristo; y de esa planta estéril, por sí infecunda y silvestre, ingerido en ella el vástago fecundo de la gracia, para que produzca ya y lleve dulces frutos de vida eterna. Por eso San Pablo llama á los cristianos ingertos: *Complantati facti sumus similitudini mortis ejus*. (*Ad. Rom. 6. v. 5.*) O como se lee del griego, *confititii*. Y así como por el Crisma y union soberana del Espíritu Santo, se dijo y se llamó Cristo, así de Cristo, por unidos, por ingeridos á su Magestad, somos y nos llamamos cristianos. ¡Oh, Dios, si entendiéramos esto bien, si aquí se

fijara la consideracion, si aquí se avivara la fé! De modo que como ingerida una vara en el tronco se une con él tan apretada, tan estrecha, tan íntimamente, que de su jugo se sustenta, de su aliento vive, de su sustancia crece, de su vigor fructifica y se hace una siendo distinta, así unido un cristiano é ingerido al mismo Cristo por el Bautismo, vive, alienta y goza el jugo de la gracia por el mismo Cristo, con quien es uno siendo distinto. ¡Oh, qué comparacion! ¡Oh, qué semejanza! ¿Pues cuáles son los frutos que damos teniendo tal vida? Vivo yo, decia San Pablo: *Vivo ego*. Yo soy por mi naturaleza frágil, por mi carne y por mis pasiones: yo soy el que vivo; pero ya no soy yo: *Jam non ego*, porque soy otro siendo el mismo; ya no soy yo, porque unido á mi cabeza Cristo, ingerido á este Arbol de la vida, El es que en mí vive, porque los frutos de mi vida son suyos; El me los dá, El los produce: *Vivit vero in me Christus*. ¡Ah cristianos ingertos de Dios, ingertos en Dios! ¿dónde están vuestros frutos? Si al árbol estéril ingerida ya la rama fecunda, no le excusa su propia naturaleza para dar sazónada fruta, ¿qué excusa será de un Cristiano el decir: Soy frágil, soy de carne? Yo te lo concedo así, dice el Apóstol; pero si estás ya unido é ingerto con Cristo, esa fragilidad, esa carne tiene ya otro vigor, otro jugo, otro aliento, con que no le queda disculpa si no dá fruto: *In carne ambulantes non secundum carnem militamus*. (2. ad Corint. 10.) Y siendo vida de Dios la que desde el Bautismo vivimos, ¿qué vida debe ser la nuestra?

Ya nos lo íntima la Iglesia en las dos últimas ceremonias, que teniendo por claras poco que explicar, tienen por temerosas un infinito de cargos

que entender. Poniendo, pues, el sacerdote un lienzo blanco á la criatura en la cabeza, que equivale á la vestidura blanca que en los primeros tiempos de la Iglesia vestian en el Bautismo, le dice estas palabras que no se habian de apartar un instante de nuestra memoria, que habian de ser la meditacion continua de nuestra vida, y que debe repetirlas todos los dias nuestro cuidado: *Recibe la vestidura blanca que has de llevar sin mancha ante el Tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para que consigas la vida eterna*. De modo que para conseguir la vida eterna, no basta recibir ahora en el Bautismo esa vestidura tan pura, tan limpia, tan cándida, sino que es menester llevarla despues de nuestra muerte con esa misma blancura, sin mancha alguna de pecado mortal cuando nos presentemos al Tribunal de Dios. ¡Oh, qué pensamiento para quien vive tan sin cuidado entre tantos peligros!

Convidaba un carbonero, dice Esopo, á un labandero á que se viniese á vivir con él á su casa; proponiale muchas conveniencias: que se harian compañía, que le saldria mas barata la casa y la comida, que se ayudarian el uno al otro.— Todo está bien, respondió el labandero; pero si mi oficio es lavar y blanquear los lienzos, y tu ejercicio todo es entre carbon y cisco, ¿qué importan esas conveniencias, si es forzoso que me desbarates siempre mi principal trabajo, y que lo que yo labo tú me lo tiznes, y que lo que blanqueo tú me lo manches? No, no convengo en esa junta, por mas que me alegues conveniencias. ¡Ah, conveniencias de carbon que así se ajustan sin atender á la pureza del alma! ¿cómo dejan á esta su vestidura blanca con tan negros tiznes! Poner las atenciones al gusto, á la ganancia, á la comodidad; y el alma que se ha-

ya de conservar pura, revolcándose en el carbon. ¡Pobres almas, cómo está la vestidura que recibisteis en el Bautismo!

Representa aquella vestidura la gracia y los Dones del Espíritu Santo que allí se nos infunden. Pero ya tanto esplendor purísimo, ¿dónde está? *Qui nutriebantur in eroceis, amplexati sunt stercora.* (Vid. Cor. Unic. 9. Eccl. 8. et in Ep. Jac. 2. v. 2.) Revolcado en el lodo, tirado en el cieno. Representa aquella vestidura la libertad dichosa con que salimos de la esclavitud del demonio, que así en la antigüedad vestían de blanco á los esclavos, á quienes daban la libertad. ¡Mas ya, quién es el dueño de tu alma? El demonio. ¡Oh, qué negra vestidura de esclavitud!

Es insignia aquel vestido blanco de la victoria conseguida; es demostracion alegre del triunfo mas glorioso: *Qui vicerit, sit vestitus vestimentis albis.* ¡Pero quién vence ya? ¡quién triunfa? El apetito, la carne y las pasiones. Luego aquel candor alegre se ha convertido en trage de cautivo.

Enseña en fin, esa vestidura blanca la gloria que te espera. Sí, que ese es el trage del cielo, todo purezas. Así se representó nuestro Redentor cuando glorioso, blanco el vestido como la nieve. Así se vieron los Angeles en el sepulcro y en el cielo vestidos de blanco: *In vestibus albis.* Así vió San Juan en la gloria á los bienaventurados: *Amicti stolis albis.* Esa es la gala de la gloria, la blancura. ¡Y qué se sigue de aquí? ¡Qué? *Non intrabit in eam aliquod coinquinatum,* dice San Juan en su Apocalipsi, que no puede entrar allá ni la mas leve mancha.

San Annon, Arzobispo de Colonia, Prelado santísimo de admirables virtudes, arrebatado en vision

una vez, vió un gran palacio, y en él juntos en una sala muchos Obispos, todos vestidos de Pontifical con las vestiduras blancas como la nieve; y así tambien las miraba en sí el mismo Annon; pero reparó que en el pecho tenia una mancha negra y muy asquerosa, que le sobresalía mas en lo blanco, y él procuraba esconderla. Mostrándole una silla muy resplandeciente, que le estaba prevenida; pero yendo á sentarse en ella le detuvieron, diciendo: No se sienta entre nosotros quien trae esa mancha en el vestido. Confuso quedó y corrido; y volviendo en sí, y á mirar su vida, halló que aquella mancha era el sentimiento y enojo que tenia con sus súbditos, porque le habían faltado el año antes á la obediencia y al respeto. Y esa mancha le estorbaba entrar en el cielo á un Varon en lo demas inculpable, á un Varon santísimo.

¡Pues qué espera quien entre el carbon de los vicios tiene el alma tan negra como el carbon mismo? *Denigrata est super carbones facies eorum.* ¡Tanto cuidado, tantos aseos, tantos aliños para los vestidos del cuerpo; y la pobre alma tan inmunda, tan envilecida, tan asquerosa? ¡Ah, cuánta fuera la perfeccion si se atendiera el vestido del alma si quiera como se cuida el del cuerpo! Una mancha que caiga en un vestido de rica tela, ¡qué pesadumbre, qué disgusto, qué sentimientos! ¿Y quién habrá que con esa mancha quiera parecer en público? Y tantas manchas en el alma, ni aun se reparan. ¡Qué sería entrar en una casa toda adornada de alhajas preciosísimas; colgadas las salas de muy finos paños, las sillas de terciopelo, el estrado sobre alfombras de seda, almohadas de brocado, franjas de oro, todo brillando; y despues de todo sentada la señora en el estrado, vestida de un vil sayal par-

do, tan asqueroso é inmundo como paño de cocina? ¡Ay tal monstruosidad! De modo que las paredes, las alhajas, el suelo tan ricamente vestido, tantos aseos, tantos primores; y la señora de quien es todo, en su persona tan inmunda, tan vil, tan asquerosa; ¿qué es esto? Qué ha de ser: vuestra alma, que es la señora y se ve así tan asquerosa, inmunda y envilecida, mientras las paredes del cuerpo y el despreciable suelo está tan adornado, tan aseado y bien vestido.

Visitaba un filósofo á un hombre poderoso que tenía así la casa toda tan adornada de alfombras y colgaduras preciosas: de modo que habiendo aquel menester escupir, no hayó donde, y le escupió al dueño en la cara.—¿Qué haces, necio?—Que no hallé en todo esto, respondió, otra parte mas desocupada en qué escupir, que vuestra cara. ¡Ah, qué verdad! Pague la cara, pague el alma con viles manchas los aliños y adornos del cuerpo. ¿Pero qué responderémos cuando en el Tribunal de Dios se descoja aquel lienzo que nos dieron en el Bautismo? ¿cuando allí veamos, ya sin poderse borrar, sus manchas? ¡Oh, qué recuerdo que tan olvidado tenemos cuando lo quiere la Iglesia muy en la memoria! Por eso en la primitiva Iglesia andaban los recién bautizados por ocho dias vestidos así de blanco, desde el Sábado santo en que eran entónces todos los Bautismos, hasta el siguiente Sábado, en que con solemnidad se desnudaban de aquellos vestidos blancos, que por eso se llamó Sábado *In albis*. Se desnudaban del cuerpo, dice San Agustin, para tener siempre su candor en el corazon: *Ita tamen ut candor qui de habitu deponitur, semper in corde teneatur.* (Aug. t. 10. ser. 155. de Temp.)

Por último, se nos dá en el Bautismo la candela encendida, y nos dice el sacerdote: *Recibe esta candela encendida, que te dice que con una vida irreprehensible has de guardar las obligaciones que has hecho en el Bautismo, y los divinos Mandamientos, para que así cuando el Señor venga á celebrar las bodas, puedas con tu luz salir á recibirlo en compañía de los santos, y con ellos puedas entrar á gozar la vida eterna por los siglos de los siglos.* ¡Oh, qué candela á cuya luz nada podrá ocultarse? Es su luz clara la fé que en el Bautismo se nos infunde, para que obremos en todo como hijos de la luz, y con la luz se dirijan todos nuestros pasos. Es su llama, volando siempre hácia el cielo, la esperanza que allí se nos dá para que así al cielo miren todas nuestras ansias. Es su ardor la caridad que allí se nos infunde, para que ardiendo siempre nuestro corazon en incendios de amor de Dios, que tan infinitamente nos ama, en eso se consuma dichosamente nuestra vida. Esa es nuestra obligacion; por eso nos ponen en la mano la candela, porque ha de lucir en las obras. Y si un soplo basta para apagarse una candela, ¿cuál es el cuidado con que guardamos en tan desechas tempestades del mundo aquella candela, que en hallarla ardiendo la muerte, consiste nuestra salvacion? ¡Oh, Dios! Y cuando llegue el caso de que al punto de espirar nos vuelvan á poner en la mano esa candela, ¿qué nos dirán entónces sus luces? ¿Qué mostrarán á la conciencia? ¿Qué gritarán los demonios? Este, dirán, es aquel que se enterró con Cristo en el Bautismo: *Consepulti ei in Baptismo*, para significar que era ya del todo muerto al pecado, y con todo eso ha cometido mas pecados que aun nosotros. Este, dirán, tomó allí el nombre de tal santo ó de

tal santa, para vivir en una vida del todo contraria á la suya, no para imitarla. Este fué señalado con la cruz para seguirla y ser su defensor; pero ha sido su declarado enemigo hasta la muerte. A este se le puso la sal en la boca para que gustara de la palabra de Dios y de la sabiduría del cielo; pero no gustándola jamas, la ha aborrecido y despreciado siempre. Este renunció allí solemnemente todas las pompas y vanidades; ¿pero qué mas hubiera hecho por ellas si hubiera hecho profesion de adorarlas? Este fué ungido con el Crisma para que fuese como un sacerdote de Dios, atendiendo siempre á su culto; pero aun mas reverente que él han vivido muchos turcos. A éste se le dió la vestidura blanca como la nieve, sin la menor mancha, ¿y ahora cuál la tiene? Negra como el carbon. A éste se le dió la candela de la Fé, Esperanza y Caridad; y ahora la tiene encendida en las manos; pero en el alma, ¿qué sin luz, qué apagada, qué muerta! ¿Esto hemos de ver á la luz de aquella candela al morir? Pues mirémoslo antes á la luz de esta candela que nos dán al nacer. Abrámos los ojos, y remedien con tiempo sus luces en el alma tantos daños. Y pues la piedad de la Iglesia ha querido que al patrocinio de María Santísima se bendigan las velas para el morir, arda nuestro corazón en amor de esta Madre dulcísima, para que al arder aquella vela, sea la que nos defienda, para que en la vida sea la antorcha purísima que nos alumbré.

Refiere el Discípulo un suceso á todos visos provechoso. Una muger honesta, recogida y virtuosa, padecía el prolijo tormento de un perverso marido. Eralo un soldado de rematada vida, del todo disoluto en sus costumbres, de donde en casa se

originaban continuos pleitos. Triste muger, triste casa la que así por un marido demonio retrata todo un infierno. La muger era devotísima de la Santísima Virgen, y no cesaba de clamar á la Señora, no tanto por el alivio de sus penas, como por el alma de su marido, que no se perdiese. ¡Ah, señoras, y qué buen Tribunal de apelaciones! Oyóla la Santísima Virgen; y una noche que muy descuidado dormía el mal soldado y peor marido, en un punto fué arrebatado al Tribunal de Dios: vióse cercado de demonios que á grandes gritos voceando sus culpas, lo pedian de justicia por suyo. Fuéronle uno por uno haciendo los cargos; y no tuvo qué responder á ninguno. ¿Cuál sería su congoja? Severísimo el Divino Juez, ya para firmar la sentencia lo detuvo la Santísima Virgen, diciendo: Este hombre ofreció una vez á honra mia un cirio de cera, que ardió en mi altar; y aunque él no se acuerda, me acuerdo yo para pagárselo con esta hacha que lo ha de defender por ahora; y diciendo esto le puso en las manos una hacha encendida, á vista de la cual rabiando se retiraron los demonios. Eso pasaba en su alma mientras acá en su cuerpo estaba él dando espantosas voces y tristes gemidos, á que despertando su muger acude á socorrerlo; y hállalo tan mudado, que no lo conocia; porque siendo mozo le creció en aquel breve rato la barba hasta el pecho, y el cabello hasta la cintura; y uno y otro se le nevó de canas, de modo que parecia de ochenta años. Volvió en sí, refirió lleno de horror y lágrimas lo que habia visto; y verdaderamente convertido ofreció al culto de la Santísima Virgen todo su patrimonio en un hospital, en que él y su muger vivieron ya tan gustosos, como en la paz de las virtudes, hasta que tuvieron

ambos muy santa muerte. ¡Oh, María, antorcha purísima de los cielos! ¿Quién no se dejará abrasar en tus amables luces? ¿Quién no derretirá todo su corazón en tus obsequios, cuando así pagas aun el mas corto? En tus manos, Madre admirable, ponemos desde aquí nuestras almas, para que á la hora de morir seas tú la luz que nos alumbre, la luz que nos encamine, la luz que nos libre de las eternas tinieblas, la luz que nos introduzca en los eternos resplandores de la gloria.

DEL SANTO SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

PLATICA XIII.

CÓMO EL SANTO SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION ES PERFECCION DEL BAUTISMO, QUIÉN ES SU MINISTRO Y CUÁNTA LA NECESIDAD QUE TENEMOS DE RECIBIRLO.

A 21 de Agosto de 1692.

NO llama Dios obra suya al universo hasta que lo deja del todo perfeccionado: *Requievit die septimo ab universo opere quod patrarat*. Hizo al mundo en un solo dia; pero cinco dias empleo luego en sus perfecciones: *Prius condidit, et movetur res corporeas*, dijo San Ambrosio, *deinde perficit, illuminat, absolvit*. Y bien pudiera su Magestad haberlo perfeccionado en un instante; pero quiso que tanto como toda la obra estimemos aparte sus perfecciones. Que si en un dia nace el mundo, cinco cuesta el perfeccionarlo. Cuando entendí pues que habia acabado, hallo que ahora empie-